

el pobre Hinojosa
de José María.

En la catoblepa
se encontró a Picasso
y díjole: paso,
Europa es eurepa,
ya no hay más poesía
que la jinogepa
de José María.

José Bello: Por la Residencia de Estudiantes, por aquel salón de actos, sin una cortina, absolutamente blanqueado de cal, sin un cuadro, sin una butaca..., por aquel modesto salón pasaron Wells, Tagore, Einstein, Bernard Shaw, Paul Valéry, Madame Curie, lo mejor del mundo. Y españoles no digamos; eran huéspedes frecuentes Ortega, Unamuno, Juan Ramón, amigos que después se distanciaron entre sí por sus rarezas...

Rafael Alberti: ¿Recuerdas a aquella poetisa cubana? Creo que se llamaba doña Emilia Bernal. Una verdadera provocación para nosotros que todavía éramos muy jóvenes. Todos muy bien sentados en el salón de la Residencia, esperando con la seriedad que se merece un recital poético. De pronto llega doña Emilia y empieza así:

Y para demostrarme
cuanto me quería,
me metió el dedo,
me rompió el virgo
y lo tiró a la ría.

Después siguió con otro poema que empezaba: «Oh tarde de Otoño, me aprieta el sostén». Recuerdo los gritos y los aplausos de todos, de Federico, míos, de todos.

Emilia Bernal fue después a Granada y quiso visitar a Falla en su casa. Falla era muy religioso. La acompañó el escritor José María Chacón y Calvo, que era agregado cultural de la embajada cubana. José María le advirtió: «Doña Emilia, vamos a ver a un músico extraordinario, pero muy religioso. Yo le sugiero que cuando él le pida que lea algún poema, responda usted con poemas poco fisiológicos». Se produjo la visita. Como era de esperar, Falla, a petición de doña Emilia, tocó algo de *El amor brujo*. Cuando terminó, don Manuel le dijo a doña Emilia que quería oír alguno de sus versos. José María Chacón se agarró de las cortinas, sin saber lo que podía pasar. Y ocurrió el desastre: Emilia Bernal recitó la historia de un sacerdote católico que deja una misa a medio celebrar, tirando la estola y el copón al suelo, para perseguir a una mujer desnuda. Falla se puso malo, la echó de la casa y mandó llamar a un sacerdote para que purificase con agua bendita las habitaciones manchadas por aquella poetisa.

José Bello: A veces sucedían cosas divertidas. Recuerdo una conferencia extrañísima sobre las abejas, una conferencia que dieron un cura y su hermana. En la Residencia habían puesto una pequeña serie de colmenas. Se anunció esta conferencia y el tema nos interesaba a todos. Una conferencia con ilustraciones cinematográficas. Pero ocurrió que al cura y a su hermana les cambiaron la película, o quizá la traían confundida ellos. Empezaron a hablar sobre las palmeras y a pasar una película que tenía muy poco que ver con el acto. Recuerdo que se llamaba *El correo de África*. Se trataba de un negro que iba con una valija al hombro, andando por la sierra, pasando ríos. Eso sí, llevaba una colmena en la mano, pero no tenía nada que ver con la conferencia, porque además, en un momento determinado de la película, el negro tiraba la colmena por un terraplén. Parecía realmente que el conferenciante nos estaba tomando el pelo. Me acuerdo de que con nosotros estaba Ramón Gómez de la Serna. Al día siguiente, en su artículo diario de *El Sol*, aludió a la conferencia diciendo que eran un par de locos. Pero el más sorprendido era García Morente, el filósofo, que estaba también allí.

Luis García Montero: Para terminar, quizá Rosa Chacel quiera contar algún recuerdo.

Rosa Chacel: Yo no estaba en España en ese momento magnífico. Yo me encontraba en Roma. Como dije antes, yo no he vivido mi primera juventud en España, he estado seis años en Roma, llegué en el apogeo de la resurrección de Góngora. Por lo tanto, no tengo ninguna anécdota que contar.

Rafael Alberti: Federico era también muy divertido, siempre estaba jugando, inventando. A la Residencia fue una vez un poeta portugués importante. Estaba el poeta paseando por el jardín y me arrastró con él para hacerle unas preguntas. Le preguntó si conocía a los escritores españoles. «¿Conoce usted a Baroja?». «Eu não conheço». «Lo que yo te decía, primo, un coñazo». «¿Y a Pérez de Ayala, lo conoce usted?». «Eu não conheço». «Otro coñazo, si ya te lo decía yo, otro coñazo».

Luis García Montero: Rosa, ¿cuál era entonces la situación de la mujer dedicada a la literatura?

Rosa Chacel: Yo escribí y resultó bien. En cuanto a la libertad, no fui nunca de las que pidió la libertad, me la tomé siempre. Viví siempre en plena libertad. Y no era fácil, ya lo sé, pero siempre viví como si la tuviera.

Luis García Montero: Fernando Quiñones os pregunta desde el público por Benjamín Jarnés.

Rosa Chacel: Yo le conocí, pero no tuve una gran amistad con él.

Francisco Ayala: Yo sí tuve una estrecha amistad con él. Llegó a la literatura tarde. Procedía de un ambiente muy modesto, había nacido en un pueblo pequeño de Aragón, en una familia de muchísimos hijos, a los que el

padre iba poniendo nombres que sacaba de la Biblia. Todos los hijos fueron dedicados a la Iglesia, porque era la única salida. Y Benjamín fue a parar al seminario. Luego le tocó el ejército, se reenganchó y fue ascendiendo hasta conseguir el grado de capitán. Todo esto hizo que llegara a descubrir la literatura un poco tarde. Luego se entregó a la literatura refinada, practicó ese estilo refinado que estaba un poco en contraste con la realidad de su vida, porque vivía en una posada en Madrid y porque su formación y su ambiente eran modestos. A veces chocaba su estética purista con algunas anécdotas que podría referir, pero ahora no es el momento.

Luis García Montero: Como José Bello no se dedicó a la práctica del arte y vio las cosas desde fuera, podemos preguntarle por las relaciones de sus amigos. Tantos amigos dedicados a escribir, a pintar. ¿Había celos entre ellos, surgían rivalidades...?

José Bello: No. Una de las cosas que he dicho siempre, cuando se ha tratado de la generación de 1927, es que había una enorme fraternidad. No nos separaban ni las ideas políticas. Había gente de tendencias absolutamente opuestas, pero no existió ninguna diferencia.

Luis García Montero: La generación tiene algunas referencias emblemáticas. Por ejemplo, para la poesía, un marco de referencia constante es la antología de Gerardo Diego. ¿Qué opiniones suscitó esta antología?

Rafael Alberti: Cuando se publicó fue un gran escopetazo, porque entonces no se sabía nada, nada estaba definido, no se sabía ni en qué grupo estábamos nosotros. Gerardo Diego nos aglutinó en esa antología. También prescindió de mucha gente, lo que causó gran indignación, polémicas, rencillas. Pero creo que, a la larga, ha quedado esa antología como un hecho muy importante.

Luis García Montero: Otro emblema fue la *Revista de Occidente*, un medio en el que algunos escritores del 27 empezaron a publicar. ¿Qué relaciones se mantuvieron con Ortega y sus colaboradores?

Francisco Ayala: La revista fue de lo más importante, no sólo a nivel español, sino a un nivel europeo y mundial. En la revista se publicaron cosas muy interesantes. Tuvo una calidad insuperable y, en su momento, era lo mejor que había para nosotros como punto de referencia. Se trabajaba con una gran tolerancia, con una gran apertura..., aunque últimamente yo he podido recordar por escrito un incidente muy divertido con Rafael. Es mejor que lo cuente él...

Rafael Alberti: No me acuerdo bien. Yo en aquella época cometía muchas injusticias. Recuerdo que en aquel momento me metí con la *Revista de Occidente*.

Luis García Montero: El incidente lo motivaron unos poemas de Rafael que se apartaban del estilo más puro de la revista. La aparición de los

tonos surrealistas y comprometidos provocaron algunas tensiones entre las buenas amistades literarias.

Francisco Ayala: Yo recuerdo que en aquel caso se trataba de un poema que contenía las palabras *gargajo* y *caspa*. Y Rafael andaba comentando: «Pero esos tontos no saben que Víctor Hugo le llama a las estrellas la caspa de Dios».

Rafael Alberti: Eso fue una ligereza mía, porque entonces se consideraba un acto de incultura meterse con la revista, que venía publicando las cosas más modernas de Francia, de Alemania... Yo publiqué por primera vez poemas en la *Revista de Occidente*, y cuando llegó Neruda a España, Pedro Salinas llevó unos poemas inéditos a la revista y fueron publicados allí, por primera vez en España. Creo recordar que la *Revista de Occidente* siempre nos acogió con cordialidad. Si nos metíamos con ella, era natural, porque meterse con la gente es bueno.

